

Sábado III de Pascua



20 de abril de 2024

Hech 9,31-42

Sal 115

Jn 6,60-69

P. Eduardo Suanzes, msps

Justamente antes del pasaje que hemos escuchado hoy, oíamos que Jesús hablaba de que hay que comer su cuerpo y beber su sangre, es decir, asimilarse con él en su vida (cuerpo) y con su muerte (sangre). Pero los discípulos han interpretado mal la muerte que anunciaba Jesús, considerándola una debilidad y un fracaso y, en consecuencia, se niegan a seguirlo en el amor hasta la muerte¹. Pero ahora, al final, el mensaje de Jesús es inequívocamente claro, no hay duda: es eso lo que propone. Ahora sí han comprendido el sentido último de sus palabras, porque no busca gloria humana ni la promete a los suyos. Seguirlo significa renunciar a toda ambición. ¿Hasta la muerte por esto? ¿Por nada? ¡Esto es intolerable! Muchos discípulos consideran excesivo este mensaje. Al exponer su programa de manera radical e inequívoca, se produce la rebelión de muchos de ellos, que se niegan a seguir esa línea.

¿Y por qué este es un lenguaje intolerable? Pues porque querer comulgar con Jesús, asimilarse a él, mejor, dejarnos asimilar por él en su vida (=cuerpo, con todo lo que es su vida) y en su muerte (=sangre, es decir, esa misma vida que se entrega); y eso es lo que afirmamos al comulgar con él, que nosotros ofrecemos lo mismo que ofreció Jesucristo, nuestro Señor: la vida y la muerte².

Efectivamente, Jesús da la clave de interpretación de su discurso al hablar del Espíritu. Hasta el presente³, el lector del Evangelio sabe que el Hijo, en el que mora el Espíritu⁴, ha recibido el poder de dar la vida⁵ y que el Espíritu es la fuente del nuevo nacimiento⁶. Y ayer nos dijo eso de: «*Como el Padre, que me ha enviado, posee la vida eterna y yo vivo por él, así también el que me come vivirá por mí*»⁷. Es decir, que el que lo come recibe la vida por él como él la recibe del Padre, el Viviente; y esa vida no es otra cosa que el Espíritu Santo. Pero comer a Jesús significa asimilarse con su vida y su muerte. Por eso les dice: «*Es el Espíritu el que hace vivir, la carne no sirve de nada. Las palabras que yo os he dicho son Espíritu y son*

¹ Cfr. JUAN MATEOS Y JUAN BARRETO. *El Evangelio de Juan. Análisis lingüístico y comentario exegético*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1982

² Con la eucaristía no sucede como cualquier otro alimento que comemos: que nosotros asimilamos sus proteínas y virtudes alimenticias. En la eucaristía es el alimento, Jesús, el que nos asimila a él. Y esta es la acción de Vida del Espíritu en quien comulga cuando quiere ser asimilado por Jesús en su vida y en su muerte.

³ Cfr. XAVIER LÉON-DUFOUR. *Lectura del Evangelio de Juan Vol. II*. Ed. Sígueme. Salamanca 1992

⁴ Cfr. Jn 1,33, la escena del bautismo

⁵ Cfr. Jn 5,21: «*Porque, como el Padre resucita a los muertos y les da la vida, así también el Hijo da la vida a los que quiere*»

⁶ Cfr. Jn 3,3-8, diálogo con Nicodemo...

⁷ ...Y el texto original en griego dice: «*Como me envió el viviente Padre y yo vivo por el Padre, también el que me come, también él, vivirá por mí*».

vida». En otras palabras (y aquí está el drama): Se puede ser discípulo de Jesús exteriormente, es decir, comulgar sin asimilarse a él, comulgar sin recibir el Espíritu.

El alimento de Jesús es hacer la voluntad del Padre: así come Jesús al Padre, haciendo su voluntad. Comer a Jesús es hacer su voluntad, y sabemos que su único mandamiento es amar como él nos ha amado. Asimilarse a Jesús, comer su cuerpo y beber su sangre, para vivir por él como él vive por el Padre, significa amar hasta dar la vida sin recibir nada a cambio.

La dureza extrema de sus palabras es lo que aquí se expone con toda claridad. En concreto, el programa que Jesús propone y la ley que funda la nueva comunidad **es la identificación con su muerte**. Es, **la muerte como expresión de amor, única fuerza y agente de vida (Espíritu)**. Son los que «creen» a su manera, como los de Jerusalén⁸, los que quieren imponer a Jesús su propia idea de Mesías y los que, cuando él expone la suya, son incapaces de aceptarla. Ahí se centra nuestro drama de ser cristianos.

Es en la eucaristía donde se recibe el Espíritu y **se expresa la entrega de la comunidad y de sus miembros, por identificación, por asimilación con Jesús**. La «carne» sin Espíritu indica también, por tanto, una pertenencia a la comunidad y una participación a la eucaristía puramente exteriores, que no incluyen el compromiso del amor por el hombre. Cuando Jesús recuerda su mensaje se produce la crisis, como en esta ocasión.

En esta situación dolorosa, Jesús se dirige a los Doce y les pregunta cuál es su opción; no acepta componendas. El tenor de la pregunta muestra que está dispuesto a quedarse sin discípulos antes que renunciar a su línea. Para él **no existe salvación para la humanidad fuera del programa que ha expuesto**, el de la entrega por amor. Todos los otros, por brillantes que parezcan, dejan al hombre en su mediocridad y, por lo mismo, terminan en el fracaso. Era demasiado: pues sí, lo era todo. Es como si Jesús dijera: “o todo o nada”. Los Doce comprenden que fuera de Jesús no hay esperanza. Sin él van al fracaso.

Y nosotros ¿qué podemos decir? Pues decimos lo de Pedro: «—Señor, ¿a quién iremos? Tú dices palabras de vida eterna. Nosotros hemos creído y reconocemos que tú eres el Consagrado de Dios.

Las exigencias de Jesús, sus palabras son las que da la vida, y eso se condensa, se expresa en la eucaristía; en ella, el don material del pan y el vino contiene el don personal de Jesús a los suyos, y se hace norma para la vida de los discípulos como don de sí a la humanidad.

⁸ Cfr. Jn 2,23, el episodio en que muchos creyeron en Jesús por sus señales, pero él no se fiaba de ellos...